

"Hay rincónes de tierra que guisáramos estrecha contra nuestro corazón".

FLAUBERT



ERENO el cielo otoñal; sólo varillas blanqueadas bogan pereceras en el aire...

Es preciso estar alerta, no obstante, pues, las oscuras torcasas pueden dejarse caer desde la selva en un momento menos pensado...

—Haría falta hacer la agüita —observa Antonio, mirando la estrena claridad del día otoñal.

Con la agüita se apelmaza la ceniza y enlaira el grano —confirma José Belmar, recordando una sentencia de su biblia rústica de colono.

—Cuando el sol se dentro el pión se sienta.

Y en un afesto, tras de la otra oscuridad de la selva, y a través de los copos ramajes, rojaba un sol dahlí, que con su sangre el frío horizonte lejano: la sombra helada, de un gris azuloso, brotaba de horizontes y vegaba y anegaba poco a poco las partes altas.

Antonio y Eduardo desayugaron los buyes con que arrastraban los pesados troncos hasta la orilla, el Vallejo y el Cochardo, dos grandes buyes viejos, de ancas hundidas, que declaraba la carga y se perdieron lentamente hacia la montaña en busca de un refugio conocido.

Los tres bajaron entonces hacia la ranche de tablás, a pocas manzanas de la manera, en el bajo; en la cocina crujía ya una fogata de hualles; y las llamas asaltinas y alegres, llenas del chipiro de oro de su vida fogue, fulgían a través de los tablonas mal ensambladas.

Una mujer joven, facciones regulares, pelo desordenado, falda medio suelta en las caderas, ojos morosos melados en visiones zumbos, vislumbra la olla donde hervían las porotas recién cocidas, cuando un chiquillo, dos muchachos y dos hombres, medio desnudos, pingües la cara, el pelo fino delante de los ojos, miraban interactivos la olla y las brasas; un perro incriblemente flojo, dormido un poco más lejales; un gallo roncaba suavemente a intervalos.

Los dos hombres se sentaron en bancos de madera, torcemente labrado; el muchacho en el suelo.

José Belmar, insistió otra vez, dirigiéndose a su mujer.

—Ven, ven a una agüita ahora. Echando así a la olla, la mujer contestó, pero después de probar el caldo.

—Hartzza falla hace. Ha estado duro el tiempo estáño.

Hubo un instante de silencio; se oyó el ruido de las llamas que se avivaban con el viento exterior; el ruidito del gato; un botaxo del perro perecezo.

La mujer notó de pronto.

—Vino la comadre, ¿no te contó que los Oriches le lleron al juez que la vaquilla de los Barrera se la carnaron entre vos y el compadre Pedro.

En voz monótona se alargaba al decir estas palabras con un dejo sentencioso, cansado.

En los ojos de Antonio, que se levantaron despecto hacia su hermano, estaba pintado un asombro melado; sus manos se agras temblaban sobre las llamas; el chiquillo, en cambio, miró de reojo, sin distinguir, el brillo que encendía sus pupilas de alimón.

José Belmar no se inmutó; su voz áspera sonaba con no sé qué de burlesco y amenazante al mismo tiempo.

—¿Y cuando se ha ofrecido? El hablo no es más que el tono de Encarnación, que anda con sus contás.

—Anda atravesado de la Candelaria; ende que se le degradó la yegua en las topaduras —observó convencido el muchacho.

—Yo le habi de encontrar y le hay de averiguar lo e de construir. Anda medio alzac el abolo! él!

Y como la mujer sacara la olla del fuego, todos se aproximaron con un solo movimiento, hombres y chiquillos, hacia



el humillo sabroso que salió de la quemada vasija de greda; y en torno al yantar, la cuchuras iniciaron ese lento, melancólico viaje de la olla a la boca que en los campamentos, toma la solemne gravedad de una liturgia.

Los carabineros, por encima de la cerca de pajas o pique que separaba la posesión de la carretera.

José Belmar y su hijo se miraron con rápido quicio de ojos; Antonio disminuyó su temor dirigiéndose a uno de los chiquillos.

—¿Comenzarán ahora mismo las averiguaciones sobre la vaquilla carnada? José Belmar, recordaba, hacia seis años, cuando por otra vaquilla lo colgaron de los brazos y la azotaron la espalda hasta hacer salir la sangre; era mejor alejarse cuanto antes de las inmediaciones; los carabinieri no irían a buscarle a los lejanos pinones, casi al pie del volcán.

Se decidió de pronto.

—Y así, pus, niños, a rodar las bestias.

Antonio y Eduardo, seguidos por los chiquillos corrieron hacia el campo media hora más tarde los tres caballos estaban ensillados con los avíos: una potranca, la Chaquira, seguía a una de las yeguas; se le dejó en el potrero para que no estorbaba la operación. Eduardo montó en las tejidas vizcacheras un saco harnero y otro saco de lana para los pinones; se pusieron los pesados ponchos; partieron entre la chilladura de los muchachos alborotados y el estridente griterío de los choroques en el lejano cielo de otoño.

Había que remontar el sendero, apenas trazado, como rodea los límites de las hijuelas, la calle, como dice los colonos, ascender los cerros de Huñicaurá que dibujan, por encima de la selva, un débil trazo azul de quinada contorno; y acercarse a la base del volcán que no se ve esta mañana en que la naturaleza parece envolverse en una bruma gris, bálido de su propia respiración.

Signa en el aire helado el charlotero de los choroques, produciendo la impresión de que los mismos del día anterior, revolotean aún en círculo sin salir del campo.

A los ranchos de los colonos se asoma la chiquillería y grila el mismo reflejo: —Cachallá, cachallá, treme un pión!

—Y el más pequeño, gateando, decía también: —Piónchito, piónchito.

—El día como este, freida el año pasado dos sacos sal de colomas —observó José Belmar—. Que volvia a la casa después de haber terminado la cerca de pilos botados.

—¿Y por qué no vamos a comer este año, entonces, dijo la mujer, siempre desgraciada, removiéndolo eternamente cacheros y brasas.

—Es que ya es algo tarde pa los pinones —observó Antonio.

—Y los pinosano se lo habrán recogido to —aventuró Antonio.

—Algo queda cuando pasan tantas cachallá —afirmó José Belmar.

En el camino se oyó un galope; pasaron como una exhalación los que se venían de la compañía, explica José Belmar.

—Buen día, on Cosme.

—¿Puede va con tanta compañía?

—A la cosecha e pinones, on Cosme.

—¿Tan cosechosa qué tiempo los pinares? El pasado zalagará a gente y al sur.

El viejo señaló el volcán con su brazo tembloroso; por José Belmar se hombre que no se deja abalitar fácilmente; responde con tono humilde y resignado; modo de disminuir sus verdaderas intenciones.

—¿Algo quedará dicho yo? No lo habré recogido los pinones. —Y el otro, en el mismo tono:

—Algo ha de quedar con el favor de Dios.

—Bueno; pues, adit, on Cosme.

—Adit, don José.

III

Atravesaron un riachuelo; bajaba tumultuoso, rompiéndose en las peñas oscuras o blancas abanicos; tejido a los troncos desarraigados a la margen de su cauce, nivos encasca de espuma.

Había en el rincón un lejoroso desorden de follajes; tupidas ramazones oscuras donde los copulones entrecubren sus rojos legumenes; y donde chicas y yallretinas gargarizaban al son del temblor cristalino de la corriente; el arroyo se hundió en un tallo negro y sobre la alia copa de cogipes y muerrosos velados; el cielo desvaneció de pronto por donde resbalaba el vuelo bullicioso de los choroques migratorios.

Penetraron en la selva virgen, una falda abierta a machete entre el varillaje de las coligütes y la trabazón de los horcujes; en la fría señalada del bosque, que las flores del muermo, maceradas por el otoño purpúreamo con alas síncopa se oía el ronzano del estero con vacíos roncós de órgano; carcajó el chuzco repentinamente.

—A la izquierda está el pajarito; imos en la buena —observó José Belmar.

Sallaron un valle pedregoso, de terreno volcánico; piedras enormes; de lejanas erupciones; matizadas como repiles, aparecían a la orilla del sendero; a ambos lados se alineaban las copas leves, de intenso verde, de los ritos, reticuladas con el agua; torcida y conciente de sus paños en el fondo vistoso el veloz cubierto de nieve hasta su base; la humareda, que

chuir en retorcidos manojos de sarmientos blanquecos.

José Belmar y los suyos, los sacos al hombro, penetraron a pie en el bosque, entre las recias agujas no estaba ya la aspera creoscecia del cono, no chillaban en el alto los choroques que a picotazos rompían el estuche de los pinones; no se oía, no el griterío de las chinas y mapuches recogiendo del suelo las cápsulas que, al ser pisadas por los choroques, ruedan con cascado murmullo entre su interminable y aguda greguería.

Reinaba a lo largo de los solemnes troncos, erizados de espinillas escamas irregulares que resacasaban ciertos greños de los chopacúpan, una soledad de templo; y a través de la red de agujas y cueros penachos, levemente iluminados hacia el suelo, como el sportistas la presión de invisibles nevarones, paraba al blanco vuelo de las niñitas ocotales: la luz de alata, fría, azucena, iluminaba el suelo, cuajado de agujas, sobre la lepa leve del manto; entre las agujas rojaba uno que otro pión.

Se intraron así, poco a poco, en el bosque.

A los pocos minutos, José Belmar interrumpió su tarea.

—¿Parece que la cosecha no rinde. ¿Cuánto tenís, Eduardo?

—No hay más un almí, talía.

—¿Güen dar, entonces, ¿p'ónde iban los choroques?

—¿A otros pinares irían —habló Antonio—. Ya le dije, hermano, que la cosecha es más temprano.

Belmar entre apesadado y burdo, observó entonces:

—¿Temo que como pellos escarvando grans. Güen dar, y los cholos esos llevan cuatro sacos.

Enderezó el torso con delicia; se rasó la cresta sucia; y su boca de gruesos labios, se torció con un gesto de despecho.

—Y los ejamos pasar, pucha —dijo con festivo pesar.

Antonio, ingenuo siempre, corrigió: —¿Y cómo se los vamos a quitar si eran de ellos!

Pero Belmar tenía ya formado su concepto, y dijo convencido:

—Los pinones son fiscales, y todos iremos derecho. Aquí talis el que puede, amio.

Avanzaron hacia la base del cerro; los grandes troncos se espaciaban aquí más; había algunos pinones juveniles, esbeltos y graciosos como muchachos, que abrían en el alto el manajo de sus ramas exóticas.

De pronto se oscureció la luz que pasaba a través de las altas copas; alímatos se resecaron los curvos abanicos de las araucarias; el viento silbó prolongadamente entre las rígidas redes de agujas.

—¿Hay que apurarse, niños, que va a llover; estremos la cosecha o otra vez.

Estaba decidido a volverse al rancho. Los mapuches se habían llevado ya los pinones. El desfilante empezó a hacer presa en él, cuando su fino oído de hombre de los bosques, captó los volutesos trancos de la izquierda; en alas del viento venía cuchicheo de voces de mapuches que, a intervalos, eran más agudas y otras veces, abogadas como si el viento lo arrastrase hacia la montaña.

—¿Oyiste? —preguntó.

—Mapuches son, contestó Eduardo.

La cara de Belmar se distendió con un gesto cínico.

—No m'ía pinto el chucuo —pensó jocosamente.

—¿Quearse aquí, niños —ordenó con voz abajada que hizo miraras a Antonio y Eduardo.

Y respondió como un zorro, medio agachado, corrió a saltos entre los troncos, atravesando el pajar al esgar; por este lado, el bosque era más abierto; como si un tallo profundo que las quillas habían cubierto por completo; y donde uno que otro pihuero parecía descender hacia el fondo.

La salida del bosque, el abrigo de un enorme matorral, como si el resaca del viento, había dos mapuches; un moceón y una muchacha; inmóviles, hilerados, dos ídolos de viejas maderas oscuras, custodiadas por el silencio; como si en un momento que rojaban por sus bocas abiertas, como brasas que se adormecan en la ceniza.

José Belmar se estremeció de alegría. Con un movimiento rápido se apretó la falda, pasó la mano sobre la cintura; se miró las narices con el movimiento que le era habitual en ciertos instantes críticos, y tendió la cabeza labrada de su cuchilla.

—¿Aquí talis el enliero —pensó burlesco.

Y agüi, combinó su plan; las palabras parecieran tallarse en piedra en su cerebro; agrias como pupales; el peñi no tiene palo; la china me es más aleca; los mapuches están p'al bajo, d'ende viene gritería e choroques.

Y el razonamiento se terminó con esta observación precisa:

—Hay que apurarse, porque la güa no llata en quar.

Retrocedió precavidamente, sin apartar la vista de las caras inexpresivas de los niños; se cambió el ramo de sus abanicos leales; al rincón vestaría los pinones. Antonio cargaría el saco. Al siempre le brillaron los ojos. Antonio, siempre vacilante, aventuró un reparo:

—¿Y si son mapuches conocidos de Lencero?

Belmar contestó con tono aspero:

—No son así; echen p'allante no más. Aquí talis el que, poco, amio.

Se acitó el habitual de Belmar; había des aparecido; una vitalidad instintiva movió sus músculos; henchía su amplio torso; fulgía con dura amenaza en sus pupilas; su voz roncaba; había adquirido el tono de mando que subyugaron al hijo y al hermano.

Aparecieron sorpresivamente ante la pareja de mapuches aborradados; la escena fue rápida como un pensamiento; Belmar el puntal en la boca y la crecha al hombro, se había plantado entre los sacos de pinones.

—¿Dime pinones —ordenó al indio con voz roncá.

El peñi, sin moverse, sin un gesto en

(Pasa a la pag. 3)

La vocación literaria de Mariano Latorre

por RICARDO A. LATCHAM

MARIANO Latorre fue un excepcional caso de perseverancia literaria. En enero de 1918 iba a entrar entre veinte años y desde 1912 cuando se dio a conocer su carrera de periodista en "Cuentos del Maule" al tanto a publicar una veintena de volúmenes. La generación criollista de 1910 nació en Chile; la naturaleza de un territorio prometedor, el de la explotación agrícola del campo y de la ciudad, un poco bajo las consignas todavía no muertas del naturalismo francés inmediatamente anterior, y del fervor existente entonces por los realistas rusos, como Tolstói, Turgeniév, y sobre todo, Gorki.

En torno a Latorre se construyó una verdadera leyenda, presentación como el jefe de la disidente escuela nativista. La verdad es que, con positiva influencia en varios iniciadores, poseía una "lectura" siempre renovada en que ha visto el crítico cubano José Antonio Porcujo al "hijo del poeta de los descendientes de Horacio Quiroga". También alimentó siempre una curiosidad activa por las corrientes modernas de la novela inglesa, francesa y norteamericana que modificó substancialmente la estructura de sus obras posteriores a la modalidad naturalista. Nunca perdió sin embargo, la simpatía hacia el maestro de Mérida, de los métodos clásicos de trabajo antes de a sus temas o ideas políticas.

Pero eso es lo que caracteriza a un escritor; lo concreto es que, a partir de su extensa novela "Zurulluta" (1930) revalorizó considerablemente y ha obtenido una nueva manera expresiva en el uso de las metáforas y del lenguaje con que reviste sus posteriores creaciones. Latorre acababa de publicar un libro de gran sabor nacional, de vernáculo maulino, que resulta como una síntesis abstracta de sus interpretaciones del alma chilena. En las páginas de "Chilo, pais de ríos" presenta una reelaboración de cuentos conocidos y de muchos más que

no condonamos, pero demostrativos de su preocupación por la buena prosa. El arcabuz había concedido antes una especie de victoria decisiva sobre el Chile imperial, cuya fisonomía definitiva se escapa de las manos de posteriores nombres de letras. En el prólogo de su penúltimo volumen expresa lo siguiente: "Se ha visto la imposibilidad de captar la vida chilena, múltiple y dispersa en una sola novela". Por eso, el gran narrador que crea Latorre persiguió esa evasiva gesticulación en los diversos ángulos de un vasto y fragmentario territorio. Chile no posee la sola unificadora del llano venezolano ni de la pampa argentina. Es vano decir en su libro, un pueblo lleno de rínicas características, son este arcabuz, y este paisaje geográfico.

Ha sido empresa formidable la que siguió, y así lo fue, aunque se le entregó, hasta su desaparición, un personaje importante: el minero y agricultor del denominado Norte Chico. Latorre no creía que Santiago unificara y coordinara las dispersas complejidades del criollo austral. Por el contrario, las desintegraba, y eso que el sagaz chino de su relativo cosmopolitismo.

Pero, por extraña paradoja, la novela surgida es la más densa de todo el país. En cambio, no poseemos una versión arquetípica de nuestra raza, como se cree que Santiago unificará y coordinará las dispersas complejidades del criollo austral. Por el contrario, las desintegraba, y eso que el sagaz chino de su relativo cosmopolitismo.

ción hay un cuento de mar, ya divulgado: "El difunto Valdes"; cuatro de la ciudad: "Trampo sucio", "El fogatón", "E. Pérez Arriola, anticuario"; y "El azúchaco que se murió de hambre"; uno mágico, de la cordillera de la Costa, "Domingo Perseña"; uno del valle central, "El último chorro"; uno de la cordillera de los Andes, "Dos pesañas de On Chipu"; uno de los pájaros carneros; uno de Magallanes, "El pontón número 9"; y dos de el pasado, es decir, temas de reconstrucción histórica: "La serranía" y "El tobiuno".

Encarada la perspectiva de lo que recorda Latorre en un mirador último, no se sabe que admirar más si su capacidad de recoger vivencias de regiones alejadas o su insuperable visión del paisaje criollo. Se ha acusado, demasiado al escritor de abusar de ese último elemento y la radical incapacidad de cierta crítica solo ha podido quedarse reducida en semejante tópico al discriminar la potente obra de Latorre.

No habíamos leído varios relatos del autor de "Mapu" y hallamos ahora que no se limita a los detalles exteriores de las personas. En algunos de sus cuentos asimila a cabalidad el acento racial y así exhibe una imagen muy apropiada de la currería arcaica en Domingo Perseña. Aquí hay una perfecta armonía entre los instintos y el modo que los produce. El estilo de Latorre se convierte en algo fluido, a veces de gran poder metafórico, pero sin desorden en lo descriptivo. Domingo Perseña es un bandido que utiliza el recurso de una geografía abrupta, lo mismo que lo hace el poeta que loadora el ganado a On Chipu. Con un escenario todavía primitivo, que esconde parte considerable de la energía campesina. El zorro es un símbolo de la astucia nacional, de la que el chileno medio bautizó como "maquequepi", palabra intraducible a otro idioma. Pero esta maquequería del zorro se ha trasladado también a la política y Latorre presenta una

descarnada y satírica pintura de los parlamentarios mestizos y aprovechadores en su singular relato "El difunto Valdes". Así recorrerá casi todos los sitios del extenso territorio chileno buscando sus vicisitudes a través de tipos psicológicos que corresponden a un núcleo social donde la lucha por la existencia es más dura que en otros lugares del continente.

Latorre obtuvo con su dura línea una prosa que se fragmenta y se disgrega y se resquebraja. Vémosa una imagen campester de la Cordillera de la Costa: "Caminá hacia la era. En cálidas burbujas palpita el aire en la muesta y todo danza en un talina vibración: la ara amarilla, los huacos, y sus caballos, la masa solemnía de los montes donde nubes blancas se aman a mirar". Y esta acertada pintura de la Cordillera de los Andes con sus características obtenidas a través de rigurosas síntesis: "Es una lengua de tierra, encerrada entre colinas bococanas, en las lúpidas valles de robles y de coihues hervían los venados de cuernos cimbridos; saltaban las halinas montacaras por las ramas, y rey de ese boquecillo entero, ensacudado por los cogollos espumosos de las quilas y ensorrecido en los estios por los copulines y chillos indigenas, era el puma de pupilas de fuego y ágiles miradas".

Conoció la aparición del libro de Latorre con una discusión sobre la crisis del cuento y la moderada curiosidad del público hacia el género. El problema es vasto y complejo. Deslizante la decadencia de la narración breve este libro tan denso y de tan vívidos personajes raciales.

También explica perfectamente la razón de tal fortaleza el hecho de que Latorre elaboraba y modelaba sus relatos mediante un proceso lento de gran acabada técnica. En contraste, las generaciones nuevas, de caprichosa fantasía y más ilimitada imaginación, desdénan el estilo y sacrifican la forma al nerviosismo argumental. Tenemos muy buenos realistas, sobre todo en la generación posterior al Cuarto Centenario de Santiago (1841), cuando se reveló Francisco Colone, el autor de "Cabo de Hornos", Nicomedes Guzmán con "La sangre y la esperanza" y "Los hombres oscuros" y Reinaldo Londoño, iniciado con su recién novela social "Rimayuki".

La promoción de Latorre fue más cuidadosa de la frase y más rigurosa en la

EU ULTIMO LIBRO DE MARIANO LATORRE

La Isla de los Pájaros

por FERNANDO URIARTE

OINCIDIERON en un instante de la vida de Mariano Latorre dos mutaciones importantes: el quebrantamiento básico de su estilo y una modificación temática en el conjunto de su obra que permitió el advenimiento de un segundo escritor; hasta sus horas latentes. La fuerza boba de su vitalidad, que le impedía seguir testimoniando las interminables variaciones de forma y color que conduce la luz de cada día en el largo y accidentado casco de nuestra tierra, comenzó sus estragos estimulando poderosamente su imaginación que dio entera a transcribir, arísticamente deformados, los contenidos de aquella zona de su alma donde combatían solamente los requeridos de su vida privada. Un hierro seplo humano penetró sus escritos.

El escritor paisajista, observador de vidas y aventuras, se dilata sucesivamente en la expresión de escondidos sentimientos que viven en lo profundo de su corazón. La valiente, íntilmente apreciable en "Puerto Mayor" novela corta del Maule, se acentúa en "El Caracol", relato maestro y emocionante que permite definir todo el contenido del cambio.

Mariano Latorre, criollista típico, dejaba la arena donde van todos sus trofeos y comienza nuevos, espaldas, crestas, paisajes y aventuras, todo aquello que en un principio no era suyo pero que llegó a pertenecerle por derecho de conquista, por sus patentes vascos y bordeleses. Había cumplido ya con cerzuros, indios y bandidos en estuero ejemplar. Podía contentarse al final, sin abandonar la atmósfera, impositiva necesaria a la creación, al placer de una mirada amorosa a los seres de su vida familiar, al padre, al abuelo, a la esposa fina y delicada de la madre.

Anduvo docenas de años y miles de leguas persiguiendo por nuestra tierra la vida efectiva que transcurría en sus inmensos y solitarios escenarios. A veces su empeño era premiado con el hallazgo de innovadas palpitaciones humanas, que registraba y transcribía con el ihégueno asombro del descubridor. A veces todo el silencio y el estuero se desdoblaba con la nuda presencia de su gran amigo: el

sebermo mundo abandonado, el aplastante paisaje en soledad. En la cordillera de los condores y nieve casi no vive nadie. Hierbas, arbóles, viento y nieve un seco de vida humana sin solución restando a la imaginación creadora. Latorre, en sus libros, vive un idealizado destierro de atrapar literariamente todos los rincones y a dar en imaginar, en creación pura, una acción, humanis, venosil que pudieran llenar los grandes espacios y que diera significación al mundo pátero y vegetal que sus ojos claros escrutarán asombrados. Un buen ejemplo de las fatigas de su labor, e ídrama secreto de este arcabuz a cuyo lado creador no respondía según el medio geográfico, bello pero inhóspito y abandonado, sin vida humana, lo tenemos en el cuento "La cordillera en sustrado", de su libro, "Duan de Condores". Dos hombres, dos caballos y un perro en aquellos alturas no llegan a conflicto alguno. Uno de ellos, don José María, recuerda vagos aspectos de su vida errante por el continente. Va a la cordillera a defenderse de la nueva vida que funde la patria. La acción es mínima, casi casi no puede haberla. Latorre, en esta circunstancia, dramatiza y da vida a la única verdad que aparece ante sus ojos. Un chamay de la torretora, un roledero de nieve que hace temblar el abismo, los herbajos, el color de cada instante del día, el silencio de las piedras, la luna, los pájaros. Son los hablantes verdaderos de ese mundo en que él busca la hasana del hombre.

No siempre el conquistador literario recoge todo lo que se propone. Las honradas de Latorre le obligaba a no desdenar ninguna porción del paisaje aunque al resultado fuera, a veces, puro dramatismo vegetal. El amaba toda la patria. Algo lo faldaba todavía; Chileo, sus islas, sus canales, su silencioso brelaria.

Hizo una última escapada al sur a recoger el fruto posado. Los cuatro cuentos o relatos que concibió se agrupan en su postero libro "La Isla de los pájaros". El fondo de superstición y creencia que vive en el alma de los chileños poco un movimiento, otra vez, sus recuerdos de gran imaginero. La niebla y el agua suavizan su prosa barroca. El período es

de despedida de lo que ya no será como fué en otras épocas.

La paz campesina, el júbilo de vivir el agro, la conciencia evocadora tan intensa en el estilo de Latorre, la constatación con el paisaje nativo, son, además, estados reveladores que se desintegran dentro del tiempo, como las nubes cordilleranas, el silencio del agua, el temblor de las frondas del gar.

Latorre quiso, antes que se le escarpara esa imagen que va disolviéndose, que a día, frente a una época ávida y coherente. El chileno contemporáneo se acomoda en las grandes ciudades, vive en edificios de departamentos, y provoca la atención de sociólogos y de economistas. La existencia actual es dinámico, absorbida por una tremenda crisis económica y por amenezadoras sinfonías sociales y desajustamiento definitivo del "estado en forma" portalliano. El huso que pintó Latorre con su tenaz empinamiento de ruralismo como balsa que sobrevive a los vientos y a las contracciones de la agricultura y menzajeros traesores con la misma destreza con que utilizaba sus lazos y subvoga los águilas cabales chileños.

La mayoría de los escritores últimos han lanzado un grito de condenación al criollismo que gobernó en Chile, desde la década de 1910 y de la que empezó a manifestar su expresión en 1920. Hasta un poco después de 1940 grupos de novelistas y de cronistas que renovaron, a su manera, el sentido de este mensaje de la genuina chilendidad campesina. Pero en la actualidad cada vez más mecor los narradores que conocen a fondo el campo. Por lo menos en lo rural para que se consideren autosomníacos la vanguardia chilena.

Está por verse todavía si el santiguero significa, en último término, la imagen genuina del país. Quedan grandes reservas raciales perdidas en los contrarios fuertes de la cordillera, amidas en los buques de las miasas o cultivando, en calidad de colonos, las estepas magallánicas. De toda su vicisitudes salió más tarde una versión distinta de los que se aferrarán a lo rural para hacer que un país no realista amoneste en la burocracia capitulina y equipado en los velanes de la política.

La constancia que demostró Latorre en su fecunda existencia, con su inalterable vocación literaria, fué una capital lección de energía para sus contemporáneos. La muerte lo encontró así en el mejor augo de marchitez en su estilo, y siguiendo con curiosidad todas las señales promiscuas del acontecer intelectual.

En 1928, Georges Sauré sorprendió esta actitud característica de Mariano Latorre; época de la gran polémica que separó entonces a criollistas e imagínistas.

elección de los vocables. El oficio intelectual se presentaba con gran dignidad y se dejaba entonces manea a la imprecisión genial, a la obscuridad estilística del repentismo. Entre los que escribían todavía puramente se hallan Daniel Balmes con su excelente novela "Coidón" y Juan Godoy, iniciado en 1930 con su volumen "Angurrientos". Balmes empezó a elaborar su obra siendo hombre maduro y Godoy es profesor de Castellano y maneja bien las leyes gramaticales de la prosa. Pero en el cuento más nuevo, porque cuando bordaba los setenta años, mantavía su tentación creadora sin marchitarse, como se palpa en su lírico relato de Chileo "Choddi: las pulgas y el pájaro carnero". La trama surge relativamente magra, pero el ambiente está henchido de poesía y es un maravilloso hallazgo cuando el narrador describe y caracteriza su vida con la de un pájaro, tema que también se revela en el cuento infantil "El chorro de tres de nobles aceros expresivos y de fondo vail emocional".

Latorre quiso recorrer toda la geografía chilena que se le ofrecía a su intento no culminar en una síntesis integral y que entonces el material sea de calidad diversa. Sus relatos de ciudad no alcanzaron nunca la limpza fulgur de otros que le tratan al recuerdo sus experiencias juveniles en el Maule o en los cerros conmovedores. Latorre conocía a fondo también la zona de Cauñ, o sea la nueva frontera que subsistió después de la primera, que estaba en Bio-Bío, zona de guerra entre los españoles y criollos de los siglos XVI y XVII, como Gómez y Marcollejo, Chileo de Lobera, Santiago de Bustos y Balmes, y en la zona de Antofagasta, Ovalle. "Carío de rincones" resultó una resonante y lírica aventura de un indio que se entregó a su destino humano de su tierra. No creció de la nota social, como puede verse en varias de sus narraciones. Pero prefirió hablar de sus tipos y no razonar el, con fértil demagogia.

Pero, en cierto modo este libro también tiene un sentido de codicia. Latorre se estaba despidiendo de una ambición que no supo o no pudo rematar: el libro que unificará al chileno en un solo protagonista. Y también resultó una patética



Jorge Delano nos da en este dibujo el rostro jovial del novelista. Estamos en 1940. Nunca disminuyó el brillo de sus azules ojos inquisidores.

A obra está ahí, diamantina, remozado con hitales, periodistas, "La isla de los pájaros", "Mac Kay, el corsario rojo" — pero el amigo, el hermano se me va para siempre. Y con él el manual de alegría y goce de vivir, un don extraño para realizar el minuto, el instante fugaz, una como luz milagrosa que habita las personas y las cosas: un estilo de vida.

En los buenos tiempos, al stande al centro, sus calles favoritas lucían mejor cuando con las banderas desplegadas, después de la luna cumplida, cruzaba el río por el puente de Recoleta. Entre el festín de espíritus ayo o disminuido parecía un ser venido de otro planeta. A todos les mejoraba el instante; todos sonreían: Don Mariano y el luego era ese demullir gozoso por embriagueros, librerías de viejo y de nuevo.

Eran los encuentros inesperados a la vuelta de las esquinas. Ex alumnos de muy diferentes oficios y nádas: militares, agrícolas, avicultores, periodistas, madereros, profesores, muchos profesores, genios del Maule. Y luego sus informados personales. Aquellos que le confirmaban o rectificaban nombres curiosos de pájaros, de faenas agrícolas o maritimas; leyendas cordilleranas, historias de barcos y capitanes desaparecidos...

Personalidad docente, sin que ello rebaja su mera castidad, don Mariano era a todas horas, el profesor, el maestro atento a dar y recibir, a coordinar el paso constante de la realidad a la creación artística.

Consejal General de todos los provincianos de paso por Santiago, don Mariano fue siempre al paso, el confidente y el modelo triunfante de todos ellos. Sentía y defendía a Chile en la espina.

Recordó la impresión que nos produjo conocerlo en el Instituto Pedagógico hace un cuatº de siglo. Eramos alumnos un tanto despa, de los programas oficiales. Leían las publicaciones de la Re-

don Mariano no se resignaba a los rechazos del tiempo y trabajaba febrilmente rodeado de sillás y habuertes repletos de recortes y manuscritos.

Ahora sólo quería vivir algunos meses para terminar mi obra. Lo malo es que se me ocurren asuntos nuevos. Los malos días... Tengo un final distinto para Hiramundo, pero es a La Patagona hay que agregarle dos personajes... Los Puestos de Chile están listos. Se los daré a Salas (su dactilografía) esta semana... Tenemos que hacer un buen dibujo artístico. Para los árboles y la llama eléctrica de poemas en prosa). La novela de Lumaco (así llamaba a Hiramundo Jaramillo Bruc) y las novelas cortas de Luisario García para a remolcar el ambiente... Esta bien esa novela de Atlas... Sus acros de campo son imponderables... Hay que ponerle en la segunda edición mi Literatura de Chile... A José Donoso, también; tiene para él la novela Armas de Méjico?... Lo importante es pasar bien esta primavera y el verano próximo. Son mis meses, no creo que me traicionen... A ver sí hago un viajecito a La Serena y Yquima. Ya no me atrevo al sur.

—Y sus Memorias, maestro?...

"Mis críticas" y "Mis terrores". Pero, primero debo concluir mis recuerdos de Bartolomé Soler, el novelista catalán. Está magchita gente: Préndes Saldaña, Augusto Iguaciaz, Guipso Valerandi, Domingo Melli, Ricardo Latcham, Luis Durand... Creo que van a gustar.

Se nos fue como el queso, sin molestar a nadie. Se nos fue sabiendo con sus niños, dilogando con sus personales, recordando amigos, nieblas, atardeceres, trozos de cordillera, gritos de pájaros, playsas salvajes, hombres anónimos y solitarios.

Se nos fué seguro de permanecer en el recuerdo de sus amigos y discípulos en el silencio contemplativo de todo chileno, de ahora y de siempre, frente a la majadad abrumadora del paisaje de la patria, el gran amor de su vida...

EL MAESTRO

por JUAN URIBE ECHEVARRIA

En una ocasión, cuando Latorre estaba en la frontera de Occidente, de Madrid, la gran revelación de Occidente. Nos prestábamos a Orlega y Gaxet, a Simmel, a Schöler, Spengler, Heineke, Probenias; los más interesantes devoraban a Apollinaris, Valéry, García Lorca, Jorge Gullén, Zamyatin, Boris Pilniak, etc. No dejaba de cansarnos cierto estuero: ver a aquel cabullero rubio, tan apuesto y elegante, a quien hablamos y nos volvíamos de éxilo y profando conocedor de literatura europea y americana, poner un entusiasmo que a nosotros nos parecía desmesurado al tratar asuntos y autores chilenos.

Don Mariano se enemistó pedagógicamente, con Ercilla, Ovalle, Bello, Leñabeche, Pérez Rosales y, sobre todo, con la generación de 1910, sus contemporáneos. No era sólo la literatura patria, sino la Cultura Chilota dentro del país, de la Memoria, además de sus tres grandes estueros y su gente: de las costumbres, comidas, trajes, dichos característicos, hezadas anémicas, monografías regionales.

Estaba todo por hacer. Del ílico tratamos algunos conocimientos indispensables de historia nacional, exigible en el hocklerato. De la demás, nada. Don Mariano lograda contagiarnos de a poco, con aquella pedagogía suya, embriagadora, oportunista, estimulante.

—¡Qué todo el mundo vive como si estuvieran de pasada, próximos a tomar el primer vapor. Nadie conoce ya el país, ni se interesa por ello... no respeta.

Al final todos se recibían con él. Don Mariano patrocinaba la mayor parte de las Memorias, algunas de ellas gran éxito. Muchas por colegas más académicos: "El bandido en la literatura chilena"; "Los poetas místicos del Norte Chil"; "El sajo en la literatura Chilena"; "La n

Esta instantánea representa a Mariano Latorre en la intimidad de su hogar; ha pasado 1950 y el escritor sigue trabajando con el mismo fervor de sus años juveniles.